

La ilusión de control: poesía, burocracia y utopía



Guillermo Molina
Morales*

RESUMEN

Mediante un análisis riguroso de la coyuntura sociocultural colombiana, se expone una fuerte crítica que parte del sistema educativo y se concentra en la ideología neoliberal como sesgo cognitivo que mantiene una ilusión de control frente al sistema, aunque en realidad la meritocracia constituya una gran estafa piramidal. Desde su perspectiva poética, analiza esta forma del pensamiento mágico que no permite avanzar en la comprensión del mundo burocrático, que mantiene a muchos actores del campo de las artes en una burbuja que les hace sentir mejor con el deber cumplido.



Palabras clave: ideología neoliberal, ilusión de control, meritocracia, pensamiento mágico, poesía

Pero la fortuna muestra de un modo todavía más palmario su papel en todas las obras artísticas, en las bellezas y gracias que encontramos en ellas, y que no podemos atribuir no ya al propósito sino ni siquiera a la conciencia de su ejecutor.

MICHEL DE MONTAIGNE



Cómo yo, Guillermo, he conseguido ganar premios de poesía, tener un título de doctorado y disfrutar de un trabajo digno en una universidad? El “sentido común” diría que estos logros se deben, principalmente, al esfuerzo, posi-

* Poeta. Docente e investigador del Instituto Caro y Cuervo. Doctor en Teoría de la Literatura. Guillermo.Molina.Morales198@gmail.com

blemente combinado con algún tipo de talento individual. Parece evidente: a una persona le va bien porque ha trabajado para que le vaya bien. Se presupone, por lo tanto, un sistema de meritocracia que, si bien no es perfecto, tiende a retribuir nuestro trabajo. Por lo tanto, nuestro principal objetivo político sería eliminar las barreras (los distintos tipos de discriminación, por género, orientación sexual, etnia, etc.) que dificultan o impiden el desarrollo personal. De esta manera, los más capacitados, sin importar su origen, llegarían a los empleos mejor pagados (todavía faltaría explicar, sin embargo, por qué merece mayor remuneración alguien que ya tuvo la fortuna de nacer inteligente).

Este tipo de razonamiento, según Sandel (2020), no solo es equivocado, sino que es perverso: posibilita y justifica la desigualdad más sangrante. ¿Cómo se explica que, en Colombia, una familia necesite once generaciones para salir de la pobreza? ¿Será porque, en 330 años, no surge ningún hijo que se esfuerce lo suficiente? ¿Acaso, casualmente, los hijos de los ricos colombianos, así como los hijos de los pobres nacidos en Europa, tienden a trabajar más duro que los hijos de los pobres en Colombia? A pesar de que, en este punto, suele coincidir nuestra percepción subjetiva con los datos estadísticos, la creencia en la meritocracia persiste con enorme fuerza en nuestra forma de comprender la sociedad. Los propios padres de estratos bajos culpan a sus hijos por no estudiar suficiente y, en consecuencia, por el incierto futuro laboral que les espera; mientras que los padres de estratos altos se congratulan de los altos puntajes de sus hijos en las pruebas de acceso a las universidades de la élite.

Se trata de un sesgo cognitivo, y tiene un nombre: “ilusión de control” (también tiene otros nombres, como “ideología neoliberal”). La psicología experimental, desde Ellen Langer (1975), ha demostrado su poderosa presencia en las mentes humanas. Se trata de la tendencia a creer que podemos influir directamente en todo tipo de sucesos, incluso en los puramente aleatorios, aun cuando sabemos que no hay control sobre estos: los jugadores tiran más fuerte los dados cuando buscan un número alto, y más despacio si necesitan uno bajo. Posiblemente, la ilusión de control sea necesaria para mantener la cordura (¿cómo reaccionaríamos si supiéramos, desde niños, que tenemos escaso

control sobre nuestra vida futura?) y, desde luego, el orden social (¿qué pasaría si todos asumiéramos que la idea de la meritocracia es una gran estafa piramidal?).

La ilusión de control es una de las formas que adopta el pensamiento mágico. A diferencia del pensamiento científico, el mágico establece relaciones de causa-efecto que carecen de fundamentación empírica. “Hoy es un día soleado porque tú me has mirado”, por ejemplo. Este tipo de conexiones resultan muy fructíferas en las artes, porque expanden las fronteras de nuestra imaginación. En efecto, las intuiciones de la poesía pueden ofrecernos una forma de verdad que las ciencias solo pueden lograr a través de un largo rodeo. De hecho, el estado que conocemos como “enamoramamiento” suscita la liberación de una serie de neurotransmisores que influyen en nuestra manera de procesar la realidad: bajo el efecto de la adrenalina, la oxitocina, la serotonina, etc., un cielo medio nuboso puede llegar a percibirse como un día soleado “si tú me has mirado”.

Lo curioso, y ciertamente problemático, es que el pensamiento mágico domine un área cuya única justificación es, precisamente, la supuesta racionalidad de sus principios. Me refiero a la burocracia y, en concreto, a la burocracia que, en el mundo actual, rodea el campo de las artes (para este artículo, me centraré en la poesía). La burocracia, sobre todo cuando pretende apresar cuestiones tan complejas como la educación, la investigación y la creación, está fuertemente basada en la ilusión de control. Esta consiste en la creencia de que podemos predecir, dirigir y evaluar un proceso complejo mediante diversos formatos que, en apariencia, resultan exhaustivos y asépticos. Solemos pensar que este sistema es altamente molesto, pero de alguna manera necesario, aunque no conozcamos muy bien su funcionamiento; como sucede, por ejemplo, con ayunar en días sagrados o fustigarnos por un pecado: sentimos que estamos cumpliendo.

Consideremos, como ejemplo para la educación, los procesos de evaluación de los programas universitarios en Colombia. ¿Cómo se valora la calidad de la docencia, esto es, qué tan bien los profesores se desenvuelven en las clases con los estudiantes? Se valora mediante documentos: nunca, jamás, un ente valorador

de la propia universidad o del Ministerio pisa un salón de clases (y, desde luego, mejor que no lo hagan). Insisto: la docencia de un programa se califica con 53, 69 o 94 puntos sin importar lo que realmente está sucediendo en las aulas. Pero, naturalmente, obtener 94 puntos es mejor que obtener 53, ¿verdad?

Este sistema de “meritocracia” acaba favoreciendo a las universidades que tienen más recursos para contratar “especialistas” que redacten documentos o, peor todavía, a las que desvían sus limitados recursos para contratar a esos “especialistas” con altos salarios, a costa de las condiciones laborales, claramente decrecientes, de los propios profesores. En otras palabras, se disminuye la calidad docente para lograr certificados de alta calidad docente, al tiempo que se crea toda una casta de intermediarios. David Graeber (2018) denomina a esta casta como “trabajos de mierda”: *bullshit jobs* (podríamos también traducirlo como “trabajos mamagallistas”), distintos a los *shit jobs*, que son los trabajos más precarios y más imprescindibles, como agricultor, cocinero, limpiador, profesor o poeta. Hace poco tiempo, por ejemplo, una universidad bogotana de “alto standing” sustituyó a los coordinadores académicos por un departamento de mercadotecnia.

Cada profesor universitario tiene decenas de anécdotas que podrían ilustrar estos procesos (por cierto, ¿por qué los profesores de universidad solemos cobrar más que los de colegio, a pesar de que ellos tienen un trabajo más difícil e importante para la sociedad?). En una universidad de cuyo santo nombre no quiero acordarme, comenté a mi superior que era un disparate la asignación de 3,75 horas semanales para preparar cinco cursos (quince horas lectivas), dos de ellos nuevos para mí. El superior ni siquiera se inmutó, pues tenía la respuesta perfecta: el Departamento de Pedagogía (que, por supuesto, nunca daba clases) había decretado que ese era el tiempo necesario para preparar las clases. El documento estaba debidamente firmado, luego, era verdadero. Otros documentos afirmaban que la institución estaba comprometida con la conciliación familiar, pero eso, me dijeron, “son cosas que se dicen”. La burocracia, precisamente, está encargada de lograr la mágica transformación entre los sublimes valores declarados y las realidades tangibles. Y que todo sea perfectamente legal.



↓
De la serie *Il cielo in una stanza*
Mondo Cane, 2022

Veamos ahora el caso de la “investigación” en literatura. Todo el proceso, que pretende dar aires de “cientificidad” a las humanidades, se basa en axiomas ampliamente refutados. Para empezar, la propia definición de “investigación”, entendida como una manera de ampliar el conocimiento sobre las obras literarias (o sobre los procesos de creación) a través de resultados “novedosos”. Esta definición se basa en el mito del progreso, a saber, en la creencia de que el pensamiento avanza de manera lineal, por lo que nuestra lectura de Kafka tendrá que ser, necesariamente, superior a la que hizo Borges. Es cierto que, por lo general, sabemos ahora más sobre vacunas que hace cincuenta o cien años (aunque no faltan las tendencias retrógradas, mágicas), pero no es cierto que ahora comprendamos mejor a Cervantes o la manera de escribir un poema. Por supuesto, las ideas se mueven, deben moverse para no pudrirse en su quietud, pero eso no significa que avancen de manera lineal.

Por otro lado, el “producto” más valorado en una “investigación” es el artículo indexado en revistas que, a su vez, tienen mayores o menores puntajes dependiendo de criterios burocráticos. El esquema de los artículos debe tener una fundamentación teórica que, posteriormente, se aplica a un texto literario para encontrar resultados coherentes con la lógica argumental. Aquí, la teoría y las citas operan como los ensalmos de los curanderos: palabras como “biopolítica”, “transculturación” o “decolonialidad” son parte del hechizo. Solo que, en nuestro caso, el cuerpo (textual) no tiene ninguna opción de salvarse. Los pares evaluadores, que en privado suelen denigrar del sistema, actúan como los (no remunerados) guardianes de la tradición: no necesitan haber leído la obra objeto de estudio, solo comprobar que se repiten, en el orden adecuado, las fórmulas preestablecidas. Conozco bien el truco: no en vano, estoy catalogado por Colciencias como “investigador senior” (este artículo, por supuesto, no me dará puntos: no cumple con las fórmulas mágicas).

¿Cuál es el problema de seguir este sistema, que aparenta ser perfecto? Imaginemos que tengo que escribir un artículo académico sobre una novela fascinante, como, digamos, *Estrella madre* de Giuseppe Caputo. Si quiero ganar puntos con ese artículo, tendré que encontrar un marco teórico que, prácticamente

siempre, se dirige a un aspecto temático y superficial. En el caso de Caputo, lo más “razonable” sería elegir la teoría *queer*, citar teóricos estadounidenses (Judith Butler, por supuesto) y comprobar cómo los rasgos de la teoría se cumplen en la novela. En las conclusiones, diría que la obra de Caputo cabe en la categoría *queer*, y celebraría el acto subversivo que esto supone (el crítico, claro, sería parte de esta enorme subversión). Todo es coherente: caso cerrado. El problema es que ha quedado fuera del estudio todo el potencial significativo del libro, que en gran medida se debe a algo tan inaprensible como el uso particular del lenguaje. Para el artículo, lo mismo daba estudiar una novela que una serie de tuits.

Pensemos en cómo esta lógica, mágica y burocrática al mismo tiempo, ha llegado al terreno de la creación poética. En “Leopoldo (sus trabajos)”, Augusto Monterroso presentaba la figura de un escritor frustrado por su exceso de minuciosidad. Con casi 40 años, no había logrado completar ni un solo cuento. Tenía en mente escribir una suerte de fábula sobre la lucha entre un perro y un puercoespín, pero antes tenía que conocer a la perfección las características e historia del género fábula, los hábitos observables en diversas razas de perros y, evidentemente, el grosor de las púas del puercoespín. Después, tenía que pensar en el estilo que más le cuadrara, para lo que trabajaba, entre otras guías, con la retórica y la gramática Bello-Cuervo.

No cabe duda de que Leopoldo sería un ejemplar estudiante o profesor en un programa de escrituras creativas. En ambos casos, el escritor en ciernes o el profesional, si quiere tener la validación pertinente (el título o la financiación), tendrá que iniciar con una planeación similar a la descrita por Monterroso. Posteriormente, mediante la aplicación del anteproyecto, el escritor deberá obtener un resultado coherente con los principios planteados. El producto, a su vez, pasará a ser evaluado según una rejilla de criterios claramente definidos, con números unívocamente asociados al grado de cumplimiento de dichos criterios. De esta manera, aseguramos la calidad del proceso o, más bien, la continuidad de la ilusión de control.

La situación puede ser todavía más delirante. Hace poco, una entidad pública me concedió una beca de creación en

Trinidad y Tobago. Los gastos, no obstante, debían estar respaldados con las correspondientes facturas (vaya a pedirle factura a un conductor de buseta) y, sobre todo, tenían que ser realmente imprescindibles para la realización del producto, lo que sería revisado por un auditor. ¿Cuáles son los gastos realmente imprescindibles para escribir un libro de poemas en otro país? ¿Un bolígrafo y un cuaderno? ¿Se incluyen las comidas? ¿Es realmente necesario que también tus hijos coman? Y tomar cervezas con amigos, ¿es necesario? ¿Depende del nivel de formación certificada de los amigos y de los temas de conversación mantenidos? Y una amante, ¿se necesita una amante de Trinidad y Tobago para escribir un libro basado en Trinidad y Tobago? En tal caso, ¿qué gastos con la amante son imprescindibles para obtener la experiencia, y cuáles son superfluos? ¿El ratico es imprescindible y la amanecida ya es vicio?

Aunque todavía no ha llegado el momento, sin duda memorable, de discutir estos pormenores con el auditor, ya es posible reflexionar sobre la experiencia: realicé el anteproyecto, leí libros de y sobre el país, viví durante dos meses en el lugar, tomé notas y escribí un libro de poemas con el nombre de la isla. También recité el ensalmo: un informe burocrático en el que explico que todo cuadra, que perfecto, que muchas gracias, que este es mi número de cuenta bancaria, que adjunto certificado de que este es mi número de cuenta bancaria. Se trata, con todo, de un ensalmo diferente al de las culturas mágicas: en aquellas todos creen profundamente en su eficacia y en eso se basa su eficacia; mientras que, en nuestra cultura occidental, casi ninguno de nosotros cree y aun así reproducimos los rituales.

Dejemos ahora a un lado la lógica burocrática para intentar responder, con la honestidad posible, a la pregunta central de esta reflexión: ¿qué relación hay entre las fases de “preparación” para la escritura y la escritura del libro? O, de otra manera, ¿hasta qué punto es posible controlar el proceso de creación poética? Y, si todo se basa en una ilusión de control, ¿qué alternativa podemos imaginar para apoyar los procesos de creación poética?

Sobre la preparación, creo que la mejor respuesta la escribió, hace ya varias décadas, Italo Calvino, cuando afirmó que todo lo que podemos hacer como escritores es apilar madera y esperar

que una chispa prenda y que arda. En esta analogía, el fuego sería el trabajo de escritura propiamente dicho; la chispa podría asociarse con aquello que se ha llamado “inspiración”; mientras que la madera sería todo el conjunto de experiencias, conocimientos, lecturas, intuiciones, etc., que el escritor ha acumulado. De nada sirve la chispa, ni siquiera la voluntad de fuego, si no hay madera. Este es el motivo por el que los escritores suelen provocar vergüenza ajena (que se vuelve propia con los años) en sus primeras obras: sin madera, tampoco la autocritica es posible; también es el motivo de que resulte cuestionable la existencia de un pregrado en creación literaria, es decir, de una serie de cursos sobre cómo manejar el fuego, cuando todavía el escritor no puede arder.

Una observación importante sobre la madera es que se ha acumulado a lo largo de toda la vida: no se reduce, evidentemente, a una época delimitada o a un proyecto específico. Además, el proceso se desarrolla de manera, mayoritariamente, inconsciente: no tiene sentido pensar “voy a acostarme con una trinitense para escribir sobre cómo es acostarse con una trinitense”, ni tampoco “voy a leer novelas psicológicas para escribir una novela psicológica”. De hecho, puede ser más útil lo contrario: mejor tomar distancia de una experiencia, vital o lectora, para no caer en la repetición, esto es, en la mimesis plana de sucesos (como un adolescente o un periodista que escribe en su diario) o de fórmulas retóricas (como un escritor de superventas). Confía en la gracia, diría la gran poeta Olvido García Valdés.

En este punto, vale la pena recordar una anécdota popular. Un cliente lleva un carro al taller porque está dando muchos problemas y ningún técnico ha sabido encontrar una solución definitiva. El mecánico agarra un martillo, da un pequeño golpe en un lugar específico de la parte delantera y logra que el carro funcione a la perfección. El cliente queda contento, pero protesta firmemente por el importe de la factura: “¿Cómo puede ser que me cobre cien mil pesos por dar un simple golpecito?”. El mecánico desglosa la factura: “Por dar el golpecito, son mil pesos; por saber dónde darlo, son noventa y nueve mil”.

Fíjense que el mecánico del cuento no hizo un anteproyecto, un estudio, un cálculo, para encontrar la solución. Si lo hubiera hecho, quizá no habría encontrado la respuesta, o se

habría multiplicado por diez el precio de esa respuesta. Esto no significa que el mecánico, simplemente, tuviera suerte o inspiración, pues él solo pudo llegar al golpecito después de miles de horas entre carros y herramientas. Sucede algo similar con los “improvisadores” de la música jazz, por ejemplo, o con los poetas: tal vez por eso, suelen enfatizar los años de trabajo que han tardado en escribir un libro, como el colegial que cree merecer más nota porque se ha esforzado mucho. Quizás se sienten culpables por haberse limitado a dar algunos golpecitos. Al fin de cuentas, todos podemos escribir ese tipo de líneas, dizque versos, que ni siquiera llegan hasta el final de la página. Ni siquiera riman. Entonces, ¿qué tanto trabajaste, poetilla?

Mi experiencia al escribir el libro trinitense: di golpecitos, y tal vez algunos fueron en el lugar adecuado.

Desarrollo: toda la preparación consciente (el anteproyecto, los libros de y sobre el país, la vivencia directa, las notas tomadas, etc.), en el momento de la verdad, de la escritura, tuvo una importancia escasa. Era más relevante la experiencia no relacionada: en concreto, el crecimiento de una poética propia, siempre implícita. Por ejemplo, la yuxtaposición de ideas sin relación aparente, la tendencia a la sátira o la prevención de que los versos no se conviertan en transmisores de ideas prefijadas. De hecho, la dinámica de la escritura se iba mostrando claramente contraria a los preparativos, que actuaban como ideas prefijadas. Cada verso nuevo iba aumentando la distancia entre la realidad concreta de la escritura y las intenciones que alguna vez trazara.

No quiero decir, empero, que el trabajo de preparación no tuviera ninguna relación con la escritura. Quiero decir que la relación, fuera la que fuera, era siempre inconsciente, inmensurable y fuera de nuestras posibilidades de control. Esta es una conclusión que, sin duda, puede refrendar cualquier creador. Incluso cualquier investigador, desde los físicos hasta los metafísicos, y cualquier profesor: por muchos formatos que tengamos, por muchos exámenes que evaluemos, todos sabemos que es imposible medir el impacto real de las clases en los estudiantes. Este es un impacto que, en todo caso, suele ser mucho menor que el que planeamos: simplemente, porque somos parte de una vida en movimiento.

Quisiera ejemplificar lo dicho con un poema concreto de mi autoría. En *mar caníbal* (2021), una de mis piezas favoritas se titula “Nueva Curlandia”. Este era el nombre con el que los curlandeses (actuales letones) denominaron a su intento de establecer una colonia en la isla caribeña de Tobago. Como no es un poema muy largo, mejor comenzar por transcribirlo:

En mi lengua sabes tan solo las horas
La breve exaltación del minuterero
La exactitud del cero
Lo importante es haber estado cerca
En el momento de la fotografía
Habrá bailes regionales y gentes de afuera
Es posible que más tarde copulemos
Nos impulsa el olor de las algas
Y el silencio recíproco
Esta placa honra la memoria de los intrépidos letones
Cambiaron los espejos por caparazones de tortuga
Ganaron o perdieron contra los holandeses
En algún momento dejaron de existir
Mañana es un día laborable
Podemos escribirnos algún mensaje
Ya son las tres en punto de la mañana

El poema se refiere a una placa (en realidad, todo un monumento) que se inauguró hace décadas en Plymouth, Tobago. Una placa que, ciertamente, visité y fotografié, aunque bien podría haberla buscado por Google. Ahí se acaba toda relación directa entre mi experiencia y el poema. Ni viví una relación (¿amorosa?) como la sugerida en el poema, ni fui a una fiesta con bailes regionales ni, por supuesto, estuve intercambiando caparazones de tortuga con los letones en el siglo XVII. La verdad es que ni siquiera logro permanecer despierto hasta las tres en punto de la mañana.

Lo que realmente incitó el poema fue una sensación de profunda extrañeza junto al inquietante monumento. El contraste entre el recordatorio histórico, tan lejano y tan europeo; la realidad presente, frente al mar Caribe y entre calles de marcado



↓

De la serie *Il cielo in una stanza*
Mondo Cane, 2022

carácter popular, me superaba. Y lo hacía como una verdad que ni siquiera ahora puedo explicar bien, o que solo puedo explicar gracias a las “mentiras” del poema, como la historia de un amor desganado o la intensificación del absurdo con bailes regionales. El poema, finalmente, creo que sugiere una sensación diferente a la original: al leerlo, siento la banalidad de toda empresa y tribulación. Aunque quizás solo sea porque acabo de leer las siete novelas de Maqroll el Gaviero.

En todo caso, si el poema tiene algún valor, este no radica en lo que sentí en Plymouth, ni en lo que leí sobre la historia de Tobago, ni en mi intención de escribir un libro sobre las relaciones interculturales entre España y Tobago. Hubo algo, en el proceso de escritura que partió de todo lo anterior, pero que llegó a un lugar no previsto, un lugar que ya no está en el Caribe, sino en las palabras, o entre ellas. Un pequeño ejemplo, de los pocos que todavía son explicables: la referencia al “minutero”, de donde nacieron todas las cuestiones horarias, fundamentales para el poema, procede en realidad del título de un libro de prosas del mexicano Ramón López Velarde, que por casualidad estaba hojeando durante los días de la escritura. Por lo tanto, nada que ver con ninguna posible planeación, ninguna coherencia. En ocasiones, el estímulo nace gracias a una falencia en la planeación: lo de “en mi lengua sabes tan solo las horas” podría surgir, en realidad, de haber viajado a una isla cuya lengua yo no dominaba. Lo del juego de palabras (“lengua” como idioma y como órgano de la boca, “saber” intelectual y “saber” gustativo), evidentemente, solo puede provenir de las palabras.

He querido mostrar, hasta ahora, que los procesos de creación no pueden ser controlados con la lógica burocrática. No tiene sentido, entonces, aquello de realizar proyectos para ser financiados por una universidad o por un ministerio de cultura. Lo más honesto que podrían hacer estas instituciones, en realidad, es regalar el dinero (o sea, el tiempo) y esperar que, quizá, de alguna manera, el escritor encuentre un camino propio desde el que pueda construir sus intuiciones poéticas.

Pero, responderá el lector, sin prácticas burocráticas para la selección de poetas, podríamos estar involucionando hacia el modelo de mecenazgo en el que las personas poderosas

repartían limosnas entre los artistas que fueran más zalameros y lambones. Además, cualquiera se diría poeta para recibir la subvención y, paradójicamente, vivir del cuento. Por otro lado, sin mecanismos de “control” el poeta podría gastar su dinero en prostitutas y cocaína y no escribir ni un solo verso. ¿No es, acaso, estrictamente necesario vincular las ganancias con la cantidad de productos elaborados, para así incentivar a las personas más trabajadoras?

Empecemos por la segunda objeción: la presuposición de que, sin control sobre los resultados, un profesor, un investigador o un artista tendría un menor rendimiento. En un experimento ya clásico de la psicología, se les proporcionaba a los participantes una caja de chinchetas, una vela y unos fósforos. El objetivo era prender la vela sin que esta, o la cera que podría resultar de la combustión, tocara el suelo o la mesa sobre la que originalmente estaban los materiales. Los sujetos tendían a usar las chinchetas para clavar la vela de varias maneras sobre la pared, de muchas maneras, de todas las maneras inimaginables. Muy pocos se paraban a pensar en una solución, en realidad, sencilla: mejor no clavar la vela, sino la caja y luego poner la vela sobre ella. Estamos tan acostumbrados a concebir la caja de chinchetas como un recipiente para chinchetas que ya no podemos mirarla, simplemente, como una caja.

Interesa especialmente la variante que Glucksberg (1964) introdujo: a un grupo de personas se las remuneraba si lograban ser las primeras; el otro grupo no tenía incentivos económicos. Contra la hipótesis de los investigadores, el grupo que obtenía la recompensa era el más lento. En experimentos posteriores, se obtuvo el mismo resultado, una vez tras otra, con todo tipo de sujetos. Curiosamente, el grupo incentivado sí era más rápido cuando la tarea era mecánica, es decir, cuando se les ofrecía la caja vacía, con las chinchetas aparte, por lo que la conexión era inmediata. La conclusión fue clara: nuestra capacidad de resolver problemas de manera creativa disminuye cuando tenemos un incentivo externo, como el dinero, la promoción laboral o la aprobación de pares o de superiores. Posiblemente, esto suceda porque el incentivo externo bloquea la fuerza de la motivación interna, la que nos

impulsa a resolver problemas, simplemente, porque los humanos nos sentimos realizados cuando lo conseguimos.

Sucede algo similar en la relación de los niños con los libros. No he conocido ningún niño pequeño que no esté auténticamente fascinado por los libros y la lectura, en especial de poemas. El mejor plan de fomento de lectura, de hecho, sería abolir los colegios (al menos, para aquellos niños que tengan una manera de acceder libremente a los libros). Son los colegios los que transforman el placer de leer en una obligación instrumental: los libros dejan de ser una fuente de aventuras para transformarse en una tarea pesada que hay que cumplir para alcanzar incentivos externos o evitar castigos, igualmente externos. Es más, hay niños a los que se les castiga —se les castiga, insisto— con leer un libro. Es difícil, demasiado difícil, que el gusto por la lectura, intrínseco en cualquier niño, sobreviva a esa experiencia. Desde aquí regalo otra idea al gobierno de turno: si quieren terminar con el consumo del tabaco, solo tienen que poner esta sustancia como asignatura obligatoria en el colegio. Que los niños tuvieran que fumar puros por obligación a los nueve años y escribir una redacción sobre el sublime sabor de los puros, con detalles de la vida y costumbres de famosos fumadores del pasado y una rúbrica de evaluación para constatar el aprendizaje sobre el arte de fumar.

A través de la psicología experimental y de la observación cotidiana llegamos, por lo tanto, a poner en duda que los incentivos externos sean fructíferos para los trabajos creativos (que ya son hoy amplia mayoría y los únicos que sobrevivirán a los crecientes procesos de automatización). Vayamos ahora a la primera de las objeciones antes planteadas: ¿cómo elegimos a las personas a las que, posteriormente, daremos el tiempo para que usen su creatividad sin incentivos externos? No todos, por ejemplo, están capacitados para escribir un buen libro de poemas, se necesitan miles de horas de lectura y de práctica para lograrlo. Así pues, requerimos un proceso de selección y, para evitar la autocracia del poderoso, deberemos dejarlo en manos de la burocracia.

Este problema puede tener dos tipos de respuestas. La primera es factible de ser aplicada de manera inmediata. El sistema

burocrático, además de gastar una enorme cantidad de recursos (por parte de los burócratas, pero también de los solicitantes), genera un efecto muy peligroso. El ya citado Sandel lo comenta para los complicadísimos procesos de selección en las universidades estadounidenses de élite: quienes logran entrar, creen que merecen permanecer por encima de la plebe; y, quienes no lo consiguen, se sienten perdedores. Sin embargo, las diferencias entre ambos pueden ser nimias, incluso inexistentes o, por lo menos, imposibles de medir. Por eso, el filósofo recomienda retomar un procedimiento que nuestras democracias han olvidado: el sorteo entre todos los candidatos capacitados para el puesto. En otras palabras, el puro azar. El resultado sería similar al del proceso de admisión burocrático, pero lograríamos evidenciar que se trata de una cuestión de suerte, lo que haría más humildes a los elegidos, más optimistas a los que se quedan fuera y más fluidas las relaciones entre ambos grupos.

Vayamos ahora a la segunda respuesta posible para el problema de la selección de poetas financiados. ¿Hay alguna alternativa diferente al capricho del poderoso, al orden mágico de la burocracia o a la decisión del azar? Aunque creamos que la opción del azar sea superior a las otras dos, todavía supone mantener la idea de selección, esto es, de poner a unas personas por encima de otras. Esta es, al fin de cuentas, una manera de continuar el actual sistema. Un sistema en el que los ministerios de cultura, pero también los de educación, funcionan como parches superficiales para problemas sociales de fondo. Quitar el IVA a los libros, apoyar las editoriales independientes o reducir el número de estudiantes en el aula, por ejemplo, son medidas positivas, pero incapaces de lograr una sociedad en la que realmente las culturas, las artes, los saberes, encuentren el protagonismo que merecen, que todos merecemos.

Y sí, hay alternativa, aunque, para encontrarla, tenemos que entrar en el terreno de la utopía. No podría ser de otro modo, puesto que queremos encontrar un camino que todavía no existe, que por ahora no tiene lugar. Y este es, precisamente, uno de los cometidos de los poetas, acaso el principal: expandir los límites de lo posible, liberar el imaginario de las ataduras del presente.

Comencemos por una pequeña vuelta, que nos llevará, en solo tres párrafos, de la prehistoria al futuro de los robots. En su justamente famoso ensayo, Harari (2014) concluye que el cambio del Neolítico, que nos llevó a fundar y mantener ciudades gracias al control de la producción agraria y ganadera, fue un pésimo negocio. Las sociedades nómadas, cazadoras y recolectoras, dedican muy poco tiempo a labores de supervivencia, mientras que los seres “civilizados” no hacemos sino aumentar las horas de trabajo. Esto parecía empezar a cambiar con los procesos de industrialización: en 1930, el famoso economista John Maynard Keynes pronosticaba que, en cien años, las personas solo necesitarían trabajar quince horas a la semana. Ese futuro es nuestro presente y, aún así, nuestra jornada laboral parece crecer sin freno hasta poner en serio peligro, e incluso impedir, la vida personal y familiar; al tiempo que también crece el índice de desempleo.

Pensemos ahora en el problema de la seguridad. En una ciudad como Bogotá se gasta una gran cantidad de dinero en salarios y recursos para agentes de seguridad pública y privada. Cada vez que se comete un crimen, explotado carroñeramente por los periodistas, aparecen ciudadanos reclamando mayor control policial, incluso cuando el crimen ha sucedido, literalmente, a una cuadra de la estación de Policía. Las estadísticas demuestran, no obstante, que la correlación entre la delincuencia y el número de policías y de presos es inversa. A saber: hay más delincuencia cuanto mayor es el número de policías y de presos. En cambio, sí hay una correlación directa entre la delincuencia y la desigualdad social (medida con indicadores como el índice de Gini), como también la hay entre la disminución de la delincuencia y la legalización del aborto (Harari, 2014). Aumentar el número de policías, por lo tanto, es obra del pensamiento mágico, como si, ante un problema con el número de incendios, se contrataran chamanes en lugar de bomberos.

Vayamos ahora a una peculiaridad concreta de la vida cotidiana en Bogotá. Como extranjero, siempre me ha asombrado el hecho de que tantos edificios tengan celadores, a menudo ancianos y enfermos, en lugar de citófonos. He encontrado diversas explicaciones relacionadas con la sensación de seguridad (la sensación, no la seguridad) o con el aparente lujo proporcionado por

un sirviente, aunque sea anciano y comunitario. La explicación que más me fascina es la “caritativa”: ¿de qué vivirían, si no, estos venerables viejitos? He aquí una primera respuesta: ¿qué tal si ponemos un citófono y, simplemente, les regalamos el dinero para que se queden en su casa con sus nietos o con las aficiones que ellos gusten, posiblemente distintas a levantarse cada cinco minutos para abrir una puerta? ¿Qué haremos, si no, en el futuro ya muy próximo, con los taxistas cuando la conducción sea automatizada? ¿Y con los repartidores cuando las entregas las realicen los drones?

Estas preguntas nos llevan a una propuesta, en realidad, nada novedosa, y que explica bien Rutger Bregman (2014) en su libro, acertadamente titulado *Utopía para realistas*. Esencialmente, consiste en una idea sencilla: regalar dinero. Sin control. A todos. O, en otras palabras: instaurar la renta básica universal. En efecto, parece una utopía: demasiado bonito para ser verdad. Y, a pesar de todo, es la opción más realista que tenemos. Realista para dar una respuesta verdadera a las tres cuestiones ejemplificadas en los párrafos anteriores: un pasado milenarismo en el que la humanidad ha trabajado, contra sus propios intereses inmediatos, para liberarnos de la dependencia a las circunstancias cambiantes; un presente marcado por la desigualdad social creciente, lo que genera injusticias, frustraciones, violencias; y un futuro próximo en el que un enorme número de procesos terminarán de estar automatizados, por lo que, simplemente, no necesitaremos la mano de obra de los trabajadores. Afortunadamente.

En el citado libro, Bregman revisa los experimentos realizados hasta la fecha y concluye que, contra lo que suele pensarse, las personas con ingresos incondicionales asegurados tienden a beber menos alcohol, a ver menos televisión, a buscar actividades creativas y solidarias. Es decir, cuando las energías no se gastan en trabajos embrutecedores, las personas suelen invertir su tiempo en acciones complejas con las que se sienten más completos, realizados, humanos. Lo hemos dicho antes: todo niño nace con la tendencia natural al descubrimiento y a la creación. Esta propuesta, sin embargo, despierta las alarmas ciudadanas, a derecha y a izquierda, por razones relacionadas con la ilusión de control: la derecha necesita sentir que hay una relación entre

el esfuerzo individual y la obtención de dinero; mientras que la izquierda, como la religión, pretende repartir recompensas a sufrimientos demostrados. Se dice también que no habría dinero suficiente, a pesar de que estemos viviendo lo que parecería una utopía para ricos: el 85 % del dinero mundial se mueve en actividades especulativas, no productivas.

En lo que concierne a las artes, el salario básico universal sería, hasta donde yo sé, la única respuesta de fondo para lograr el viejo sueño de que la poesía sea hecha por todos y para todos. Con las necesidades básicas cubiertas, las personas se moverían hacia y desde la poesía, o al menos eso pensamos quienes de verdad creemos en la poesía como creadora de sentidos, no como elemento decorativo. La poesía, a fin de cuentas, se dirige a preguntas complejas que, sin las energías suficientes, desviamos hacia soluciones simplificadoras, como el alcohol, la religión o las series de Netflix. No habría necesidad de justificar becas y salarios para escribir o para leer poesía, ni tampoco de diferenciar a un grupo de creadores para que se dedique a actividades “espirituales” con los excedentes de los demás trabajadores. Esta es, en definitiva, la utopía de los poetas; pero, sobre todo, es la utopía de los seres humanos. ○

Referencias

- Bregman, R. (2014). *Utopía para realistas: a favor de la renta básica universal, la semana laboral de 15 horas y un mundo sin fronteras*. Salamandra.
- Glucksberg, S. (1964). The Influence of Strength of Drive on Functional Fixedness and Perceptual Recognition. *Journal of Experimental Psychology*, 63(1), 36-44.
- Graeber, D. (2018). *Trabajos de mierda. Una teoría*. Ariel.
- Harari, Y. N. (2014). *Sapiens. De animales a dioses: Una breve historia de la humanidad*. Debate.
- Langer, E. J. (1975). The illusion of control. *Journal of Personality and Social Psychology*, 32(2), 311-328.
- Molina Morales, G. (2021). *mar caníbal*. Pre-textos.
- Sandel, M. J. (2020). *La tiranía del mérito. ¿Qué ha sido del bien común?* Debate.